

doles:—“¿Qué es esto mexicanos? ¿Qué haceis? Vosotros estais sin juicio: aguardaos, estaos quedos, dejadnos tomar un acuerdo sobre este negocio: ¿tanta cobardía ha de haber, que nos habemos de ir á entretrejer con los de Azcaputzalco? Y llegándose al rey le dijo: “Señor, ¿qué es esto? ¿cómo permites tal cosa? Habla á ese pueblo; búsquese un medio para nuestra defensa y honor, y no nos ofrezcamos así tan afrentosamente entre nuestros enemigos.” (1) Itzcoatl arengó á los amotinados, calmándolos con la promesa de enviar un embajador á Maxtla, preguntándole cuál suerte tenía reservada á los tenochca.

Interrogados los nobles acerca de quién se encargaría del mensaje, se vieron confusos unos á otros sin atreverse á responder; ir á ver al tirano equivalía á perder la existencia. Motecuhzoma interrumpió el silencio ofreciéndose á llevar la embajada, diciendo entre otras razones, que si preciso era morir, daba lo mismo hoy ó mañana. Recibidas las instrucciones del rey, se vistió á usanza de su tribu, tomando resueltamente por la calzada de Tlacopan. Llegado á Xoconochpalyacac vió en tierra parada una rodela en señal de guerra y algunos guerreros; era el puesto avanzado de los tepaneca. “Venid acá, le dijeron, ¿no sois voz Atempanecat? Respondió y dijo: “joles, yo soy el que nombráis. Dijéronle, ¿á dónde vais? Respondió, “soy mensajero. Dijeron los guardas, no puede ser eso. Volveos, que es por demas querer pasar de aquí, porque si no os volveis, aquí moriréis sin ir á dónde quereis. Dijo á esto Atempanecat, haced de mí lo que querais cuando vuelva.” (2) Y con esto lo dejaron pasar.

Ya en Azcaputzalco se fué á la presencia de Maxtla. “El rey, como lo vió y conoció, admiróse y díjole: ¿Cómo has entrado á la ciudad, que no te han muerto los guardas della? Él le contó todo lo que con ellos le había pasado. El rey le demandó lo que quería: él propuso su mensaje, persuadiéndolo con la paz y que tuviese lástima de su ciudad, de los viejos y niños y del daño que de la guerra sucedería: que aplacase el enojo de los principales y seño-

valentía; Atempanecat por el cargo que desempeñaba en el ejército; Ilhuicamina para sublimar sus acciones cuando fué monarca; Hachue, viejo, para distinguirlo de Motecuhzoma II ó el mozo.

(1) Durán, cap. IX.—Códice Ramírez. MS.

(2) Tezozomoc, Crónica mexicana, cap. sexto. MS.

res, pues ellos querían servillos como hasta allí. El rey inclinado con aquel ruego, díjole que se fuese norabuena, que él hablaría á los grandes de su corte y daría medio con que se les aplacase la ira, y que si no viniesen en ello, que entendiese no podía más ni era en su mano. El animoso mancebo le preguntó que cuándo quería que volviese por la respuesta. Él le respondió que otro día. “Él le pidió seguridad para las guardas, porque no lo matasen, pues era mensajero. El rey le respondió que la seguridad que le podía dar era su buena diligencia en mirar por su persona.” Despedido de Maxtla, Motecuhzoma llegó á donde estaba la avanzada reforzada con mayor número de guerreros; los saludó y dijo: “Hermanos míos, yo vengo de hablar á vuestro rey y traigo respuesta de él para el mio: si sois servidos de dejarme pasar, agradeceros lo he, porque supuesto trato la paz y no engaño ninguno, yo he de volver luego á ver la respuesta y resolución de este negocio: que me mateis hoy, que mañana, va en ello poco á decir, pues os empeño mi palabra de venir á ponerme en vuestras manos.” (1) Los guardias con aquella promesa lo dejaron pasar.

Llegado Motecuhzoma á Tenochtitlan dió la respuesta á Itzcoatl; al día siguiente ántes de tornar á su embajada recibió estas instrucciones: “Lo que has de hacer es decir al rey de Azcaputzalco de mi parte, ¿que si están ya determinados en dejarnos de su mano y desampararnos, ó si nos quieren tornar á admitir en su amistad y gracia? y si te respondiese que no hay remedio sino que nos ha de destruir, toma esta unción con que ungimos los muertos, y úntale con él todo el cuerpo y emplúmale la cabeza como hacemos á los muertos en señal de que ha de morir, y dale esta rodela y espada y estas flechas doradas, que son insignias de señor, y dile que se guarde y mire por sí, porque hemos de hacer todo nuestro poder para destruirlo.” (2)

Motecuhzoma tomó de nuevo la calzada, presentándose en cumplimiento de su palabra á los guardias de Xoconochyacac; éstos lo dejaron pasar y se puso en presencia de Maxtla. La contestacion del rey fué perentoria; los tepaneca no admitían partido alguno, estando determinados á destruir á los tenochca. Siguiendo las órdenes

(1) Durán, cap. IX.—Códice Ramírez. MS.

(2) Códice Ramírez. MS.

recibidas, AtempanecatI sacó el unguento blanco de *tizatl*, dedicado á los muertos, y untó el cuerpo del rey, emplumóle la cabeza, púsole en las manos rodela y *macuahuitl*, diciéndole lo desafiaba en nombre de Itzcoatl y se dispusiera á morir, pues ni él ni los suyos escaparían á su venganza. Maxtla dejó hacer y decir, respetando los usos admitidos en las declaraciones de guerra, y por su parte vistió al Tlacaellé una armadura y cascos dorados, le dió espada y escudo, añadiendo aceptaba el desafío, debiendo aparejarse Itzcoatl y los suyos para ser exterminados. Terminada la ceremonia, Maxtla hizo salir al embajador por una puerta excusada del palacio, dándole á entender no fuera por la principal, pues lo esperaban para matarlo. Tomando algunos rodeos Motecuhzoma logró ponerse más allá de la avanzada de Xoconochyacac; cuando se creyó seguro se mostró á los centinelas gritándoles:—“Ah tepaneca, ah azcaputzalca, y qué mal haceis vuestro oficio de guardar la ciudad; pues apa-rejaos que no ha de haber Azcaputzalco en el mundo, porque pedazo de piedra sobre piedra no ha de quedar en él, ni hombre ni mujer, que todos á fuego y sangre no perezcais; por eso apercibíos, que de parte del rey de México, Itzcoatl, y de los de la ciudad, os desafío á todos.” Los guerreros tomaron las armas y acometiéronle; el AtempanecatI esperó á los primeros, mató uno de ellos y en seguida se puso en cobro, entrando salvo á Tenochtitlan. (1)

La noticia de la declaración de la guerra puso el colmo al desaliento de los débiles, quienes intentaron de nuevo abandonar la ciudad.—“Los señores consolándolos, y el rey en persona les dijo: “no temais, hijos míos, que aquí os pondremos en libertad sin que os hagan mal ninguno. Ellos replicaron, ¿y si no salieredes con ello, qué será de nosotros? Si no saliéremos con nuestro intento nos pondremos en vuestras manos, dijeron ellos, para que nuestras carnes sean mantenimiento de bestias, y allí os vengueis de nosotros y nos comais en tiestos quebrados y sucios, para que en todos nosotros y nuestras carnes sean infamemente tratadas. Ellos respondieron, pues mirad que así lo hemos de hacer y cumplir, pues vosotros mismos os dais la sentencia: y así nosotros nos obligamos, si salis con vuestro intento, de os servir y tributar y ser vuestros terrazgueros y de edificar vuestras casas y de os servir como á ver-

(1) Durán, cap. IX.—Códice Ramírez. MS.

“daderos señores nuestros, y de os dar nuestras hijas y hermanas y sobrinas para que os sirvais de ellas, y cuando fuéredes á la guerra de os llevar vuestras cargas y bastimentos y armas acuestas, y de os servir por todos los caminos por donde fuéredes; y finalmente, vendemos y sujetamos nuestras personas y bienes en vuestro servicio para siempre.” Ambas partes juraron aceptar y cumplir el pacto. (1)

Itzcoatl y Motecuhzoma activaron los preparativos, encontrando eficaces auxiliares en la juventud de la ciudad, declarada desde el principio ardiente partidaria de la guerra: la juventud honrada es siempre generosa y pródiga aun de la propia existencia. Enviado un mensajero á Nezahualcoyotl, vino éste en secreto á Tenochtitlan, conferenció con los jefes acerca del plan de campaña, tornando en séguida á los campos de Chiauhitla y Aculman, á donde su ejército estaba acampado: reunió el mayor número de guerreros, embarcándo en una flotilla de canoas en las cuales atravesó el lago, desembarcando en Tlatelolco la víspera del día señalado para la batalla. (2)

Todos los pueblos del valle tomaban parte activa en aquella guerra, siguiendo cada cual el partido que á sus intereses cuadraba. Tezozomoc, despues de porfiada resistencia se había apoderado de Cuauhtitlan; de los chichimeca habitantes del lugar, unos fueron llevados cautivos á Azcaputzalco, los otros huyeron á los montes: impuestos á la ciudad fuertes tributos y no pudiendo satisfacerlos, los tepaneca ocuparon por segunda vez la poblacion. Pasado algun tiempo, los chichimeca, auxiliados por los pueblos cercanos, tornaron á cobrar á Cuauhtitlan, despues de una sangrienta batalla: hacía este tiempo murió Tezozomoc. Dueños del lugar pensaron en restablecer el antiguo señorío, y reunidos en consejo, nombraron de comun consentimiento á Teocoatzin por señor, formándole su palacio en Huexocalco y dándole guardia los guerreros chichimeca. (3)

Maxtla se irritó al saber de aquel nombramiento hecho sin su acuerdo y con beneplácito de los tenochca. “Sin embargo, no quiso dar á entender su enojo, al contrario, procuraba andar con modestia, ayunar ó al ménos fingir que ayunaba, se vestía á la manera

(1) Durán, cap. IX.—Tezozomoc, cap. sétimo y octavo.—Códice Ramírez. (1)  
 (2) Torquemada, lib. II, cap. XXXVI.—Hist. Chichim. cap. 31. MS. (2)  
 (3) Anales de Cuauhtitlan. MS. (3)  
 (4) Anales de Cuauhtitlan. MS. (4)

"de los huexotzinca, andaba juntando hacinas de leña, (1) traía la "cabeza envuelta con fajas de cuero, (2) su capa ó *tilma* era de "manta muy blanca, sus bragas eran del mismo género, el cabello "liado con correas bastante finas." (3) Los de Cuauhtitlan, no fiando en aquellas apariencias, vivían sobre aviso, estando en estrechas relaciones con méxica y acolhua. Para buscarse aliados, ya que no podían contar con los pueblos del Valle, enviaron por embajadores á Acatzintli y Tetzintli á Huexotzinco, pidiendo socorro. Maxtla, por su lado, se dirigió con el mismo intento á los huexotzinca, á Chalco, Chiapan y otros muchos lugares: los mensajeros de ambos partidos cruzaban en todas direcciones para aumentar las propias con las fuerzas ajenas. Los embajadores de Cuauhtitlan fueron puestos presos por los señores de Huexotzinco, aunque poco despues los pusieron en libertad á insinuaciones de Nezahualcoyotl, por considerarlos de su propia bandera.

Declarada la guerra contra los tepaneca, Tecocoatzin dió orden á los chichimeca residentes en Azcapotzalco, cautivos ó libres, abandonasen la ciudad; hiciéronlo así, llevando á sus mujeres é hijos. Descubierta la fuga, Maxtla los mandó perseguir por un buen trozo de guerreros; llegados éstos á Huexocalco, fueron sorprendidos y muertos á garrotazos, pereciendo los pocos escapados á la matanza en Tecalco: esta fué gran pérdida para los tepaneca. (4)

Entre méxica y tepaneca sólo habían tenido lugar hasta entónces ligeras escaramuzas sin consecuencia. Para el dia tremendo del desafío, los tenochca quedaron divididos en tres cuerpos al mando de Itzcoatl, Montecuhzoma y Nezahualcoyotl; aunque todos los ciudadanos tomaron las armas, la principal confianza estribaba en la juventud, colocada en primera fila y destinada á los lances peligrosos. Al amanecer los tepaneca cargaron sobre la calzada, en gran número, lujosamente ataviados, llevando á la cabeza un renombrado general llamado Mazatl, pues Maxtla tuvo á ménos ir á combatir contra sus esclavos. Los méxica estaban prevenidos, y trabóse el combate. Instintivamente conocían los guerreros tratarse ahí de la suerte futura de sus pueblos, y arremetieron valientemente los unos contra

- (1) *Touuhquetzal centlatlaya*.  
 (2) *Ihuan cuetlaxtlayllacatzolli ynic mo cuailpaya*.  
 (3) Anales de Cuauhtitlan. MS.  
 (4) Anales de Cuauhtitlan. MS.

los otros; lo amplio de la calzada servía de teatro á la refriega, y por ella avanzaban ó retrocedían los combatientes, segun les era próspera ó adversa la fortuna. Aunque con éxito vario, la batalla duró casi el dia, sin decidirse por alguno la victoria; pero al caer la tarde los tepaneca recibieron gente de refresco; con lo cual los cobardes perdieron completamente el ánimo, y empezando á ciar decían: "¿Qué hacemos mexicanos? ¿Hemos de perecer aquí todos? ¿Por ventura por sufrir la cólera y orgullo de Itzcohuatl, Nezahualcoyotl y Montecuhzoma, hemos de morir mala muerte á manos de "nuestros enemigos? Lo mejor es que confesando nuestra rebeldía "nos demos y entreguemos y pidamos merced de nuestras vidas." Oyendo los jefes aquellas voces sediciosas, incapaces de refrenar á la multitud, se reunieron apresuradamente en consejo. "Caballeros y "amigos, dijo Itzcoatl, ¿qué hemos de hacer á tanto desmayo como "algunos de los nuestros muestran? ¿Qué? respondieron Montecuhzoma y Nezahualcoyotl, que muramos, y que con nuestros ojos no "veamos tan grande afrenta, que muriendo peleando habrémos cumplido nuestra obligacion; y si vivimos, vencidos quedaremos más "avergonzados que hasta aquí lo andábamos." (1)

Se perdía la batalla. Aquella vacilacion dió brío á los tepaneca, quienes guiados por el valeroso Mazatl arrollaron á los méxica echándolos al otro lado de la cortadura llamada Petlacalco; aquel foso es el mismo del célebre cuanto fabuloso salto de Alvarado, lo cual dice estaban los vencedores á las puertas de Tenochtitlan. Los cobardes soltaron las armas en sus manos inútiles, prorumpiendo de terror en altas voces: "Ha tepaneca, señores de la tierra firme, aplacad vuestra ira, que ya nosotros nos sujetamos; y si de todo punto no nos entregamos, es por el estorbo que nos hacen nuestro rey Itzcoatl y su capitán Montecuhzoma y el aculhua Nezahualcoyotl, que ellos son los "que quieren sustentar la batalla; y si quereis, aquí los mataremos á "vuestros ojos, porque con este hecho nos perdoneis." Ardió el rostro de ira á los tres jefes, oyendo proferir tan villanas palabras: despreciando la vocería, exclamaron de consuno: "Vamos á morir, que "cuando muramos, será el precio de nuestra vida, nuestra honrada "muerte," y furiosos se lanzaron al encuentro de los vencedores. (2)

(1) Torquemada, lib. II, cap. XXXVI.

(2) Torquemada, lib. II, cap. XXXVI.

Desigual era la pelea emprendida por aquellos tres hombres; pero su ejemplo arrastró á la juventud y á los valientes, restableciéndose el combate. El flotante penacho de los jefes, entre aquellos pueblos estaba consagrado por la religion y por la patria y era vergüenza no seguirle. El más honrado del grupo de los cobardes alzó sus armas y se unió á los combatientes; otro, y otro y muchos y todos, arrepentidos de su bajeza, se lanzaron resueltos á la pelea. Tenochtitlan volvía á encontrar sus guerreros. Arrojados los tepaneca más allá del foso de Petlascalco, á pesar de su obstinada resistencia, continuaron en marcha retrógrada hasta la cortadura de Mazatzintamalco. Para detener á los suyos, Mazatl se puso en primera fila; allí estaba Montecuhzoma; viéronse y arremetieron uno contra otro empeñando una lucha cuerpo á cuerpo. Combatieron con sobrada valentía, y se disputaron enérgicamente el vencimiento; pero más venturoso el tenochcatl, postró de un golpe á su contrario, le arrancó la enseña que portaba, y alzándola en alto apellidó victoria. Aquellas naciones daban por perdida la batalla al caer al suelo su general y su bandera, los tepaneca se dieron por vencidos, haciendo rostro los más arrestados, los demás huyeron en tropel perseguidos sin misericordia por los méxica, hasta la tierra firme. (1) La oscuridad atajó mayor estrago, si bien dejaron los vencidos sobre la calzada, su honra perdida y la flor de sus guerreros.

Aunque algunos de nuestros autores refieren la toma de Azcapotzalco al día siguiente de esta batalla, no parece lo más verosímil porque los tepaneca eran sobrado fuertes respecto de los méxica para ser destruidos en sólo dos encuentros. Lo cierto aparece que, quebrantados los tepaneca en la derrota, envalentonados los méxica con el vencimiento, lograron éstos en los días inmediatos no sólo dejar libre la calzada, sino rechazar á sus contrarios en la tierra firme tomándoles tres albarradas. Recibidos poco despues considerables refuerzos de Tlaxcalla y de Huexotzinco, Itzcoatl determinó llevar la guerra sobre el mismo Azcapotzalco. El ejército fué dividido en tres escuadrones; capitaneaba el primero Nezahualcoyotl con Xayacamachan, señor de los huexotzinca, y el general de los tlaxcalteca con la mitad de las fuerzas de estos pueblos; mandaba el segundo Itzcoatl con Temayahuatl, jefe de la otra mitad de los hue-

(1) Torquemada, lib. II, cap. XXXVI.

xotzinca, y el tercero iba á cargo de Motecuhzoma y de Cuauhtlatoa, señor de Tlatelolco. Los aliados penetraron en la tierra firme, no obstante la seria oposicion del enemigo, siguiéndose una serie de encuentros y combates por espacio de ciento catorce dias (1)

A cabo de este tiempo los coligados llegaron delante de Azcapotzalco. La batalla fué sostenida desesperadamente por los tepaneca durante la mitad del dia, mas despues comenzaron á ciar; cargados con nuevo ímpetu, no pudieron resistir, se pusieron en vergonzosa huida, y revueltos en el tropel de los fugitivos, los tenochca penetraron en la ciudad. Maxtla había permanecido en su palacio, sin dar crédito á los diversos mensajeros que vinieron á participarle los malos términos de la batalla; orgulloso con su poder, le parecia imposible prevaleciesen sus esclavos contra él, hasta que tuvo que rendirse á la evidencia escuchando el llanto de los vencidos y la grito de los vencedores: entónces huyó á sus jardines, ocultándose en uno de los baños llamados *temazcalli*. Dueños los aliados de Azcapotzalco, buscaron diligentemente al tirano, lo encontraron en su escondite, lo sacaron con gran ignominia, arrastrándolo condujeron á la plaza principal recibiendo en el tránsito palos y pedradas; en presencia del ejército, Nezahualcoyotl, con propia mano, le arrancó el corazón ofreciéndolo á los manes sagrados de su padre Ixtlilxochitl, esparció la sangre á los cuatro vientos, abandonando el cadáver á la voracidad de las aves del cielo. Así pereció cobardemente aquel hombre, que no supo vivir ni morir siquiera: apenas se le puede compadecer en su tremendo infortunio. La ciudad fué arrasada, templos y palacios quedaron saqueados é incendiados; de los habitantes quienes no huyeron á los montes fueron pasados á cuchillo, y para infamar hasta el nombre de Azcapotzalco, se determinó fuera en adelante el mercado de los esclavos. Se hundió y para siempre pereció el reino tepaneca, alzándose sobre las humeantes ruinas el triunfante poderío de los tenochca. Esto tuvo lugar el I tecpatl 1428. (2)

Los tepaneca, fugitivos y refugiados en los montes, mandaron á Tezacochitzin, persona de cuenta, acompañado de algunos principales, á ofrecer su sumision á Itzcoatl.—“Nos reconocemos vuestros

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 31. MS.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 31. MS.—Relacion 10.ª de Maxtla. MS.—Torquemada, lib. II, cap. XXXVI.—Anales de Cuauhtitlan: MS.

"súbditos, dijeron al rey, os daremos á nuestras mujeres, á nuestras hijas y nuestras hermanas para que os sirvan; siempre que vayais á la guerra os cargaremos vuestros víveres y vuestras armas; si morís en el combate, sobre nuestras espaldas traeremos los cuerpos para que sean sepultados en su pueblo natal; regarémos y barrerémos vuestras casas y harémos, en fin, todos los servicios á que estáis obligados los vencidos por los usos de la guerra."—"Ya oís, hermanos, dijo Itzcoatl, las promesas que nos hacen los tepaneca de Azcapotzalco; se obligan á suministrar madera, piedra y cal, lo que necesitamos para construir nuestras casas, así como á cultivar nuestros campos y ser nuestros sirvientes: ahora trataremos de dividir sus tierras y dar su parte á cada uno de nosotros, para que nosotros y nuestros hijos podamos hacer sacrificios á los dioses, tengamos papel que quemar en su honor, y *copalli y ulli* para incensarlos." (1) Estos pactos, arrancados por la fuerza en los campos de batalla, eran cumplidos con fidelidad: bajo estas humillantes condiciones, los tepaneca pudieron volver á Azcapotzalco.

Llevadas á la isla las riquezas tomadas, fueron distribuidas entre los coligados. "El día siguiente el rey Itzcohuatl de México, mandó juntar á todos sus principales, y les dijo, que se acordasen cómo la gente comun se había obligado á perpetua servidumbre si salían con la victoria; y así sería bien llamarlos y amonestarlos que habían de cumplir lo prometido: juntada toda la gente comun, les propusieron el caso, y ellos respondieron, que pues lo habían prometido y los señores y principales con tanto esfuerzo y valor lo habían merecido, que no tenían réplica, sino que ellos lo harían y cumplirían, y allí lo juraron de nuevo obligándose en todo lo que ya queda referido, lo cual han guardado perpetuamente. Luego fueron á la ciudad de Azcapotzalco, donde repartieron entre sí las tierras de la ciudad, dando primero lo más y mejor á la corona real, y luego al capitán general Tlacaehell, y luego á todos los demás señores y principales de México á cada uno según se había señalado en la guerra; á la gente comun no dieron tierras, sino á algunos que mostraron algún esfuerzo y ánimo, á los demás echaron los por ahí denostándolos como á gente cobarde y de poco ánimo, que no poco hizo al caso para lo de adelante. También dieron tie-

(1, Tezozomoc, Crónica Mexicana, cap. nono. MS.

rras á los barrios para lo que de ellas cogiesen lo empleasen en el ornato y culto de sus dioses y templos, y este estilo guardaron siempre en todas las particiones, de tierras que ganaron y conquistaron. Quedaron entónces los de Azcapotzalco tan estrechos y necesitados de tierras, que apenas tenían donde hacer una sementera. Hecha la partición, el rey de México hizo llamar á todos los de Azcapotzalco, imponiéndoles el tributo y servicio personal á que se habían obligado; cuando los rindieron, mandó por público edicto que desde aquel día no hubiese rey en Azcapotzalco, sino que todos reconociesen al rey de México, so pena de tornarlos á destruir si á otro rey reconociesen ni apellidasen, y así quedó Itzcohuatl por rey de Azcapotzalco y de México desde aquel día." (1)

Esta fué la primera conquista real de los tenochca. Si el terreno adquirido no fué considerable, tenía la significacion de haber sido ganado por las armas y cuenta propia de la nacion. Los tenochca al fin salían de su isla poniendo la triunfante planta en la tierra firme: tornábanse de esclavos en señores. Devoraron por siglos los insultos y el desprecio de sus comarcas; tócales ahora el desquite. Llevarán su victorioso estandarte á regiones remotas; serán dueños y señores de tierras y razas: propagarán á lo léjos, exigiendo el tributo, su civilizacion creciente, sus instituciones militares, su culto aborrecido y sangriento: será Tenochtitlan la reina de Anáhuac. Cumpliránse las promesas del dios, del dios que no supo hacer milagros en los críticos momentos, y por cuyo horrible bulto se instituyeron tenebrosas supersticiones.

(1) Códice Ramírez, MS.—P. Durán, cap. IX.—Torquemada, lib. II, cap. XXXVII.